

**J.J**

Diego Cabrera Osorio

*En memoria de aquellos  
que partieron mucho antes que nosotros.  
Por sus historias y recuerdos  
que sobreviven en nuestros corazones.*

## **1992. Invierno.**

Era tarde. Apostaría que cerca de las dos y quince de la mañana, pero no estoy del todo seguro. Mi reloj se había empapado con agua y quedó fijo en las diez y treinta. Corríamos por la orilla del mar en recogiendo jaibas. Ya estábamos bastante lejos de Pichilemu.

Nos detuvimos a descansar, yo me recosté en la arena y miraba el mar que, sin importarle nuestra presencia, bailaba su interminable danza al son de la luna llena. Bebimos pisco Capel con Coca-Cola.

— Para el frío ¿iEh!? dije yo.

Los demás rieron. Yo sonreí. Miré el vaso y reclinamos nuestras cabezas hacia atrás al unísono, para luego estremecernos por el alcohol. Ahora el frío se apaciguaba un poco.

Nuestros muslos comenzaban a contraerse, así que retomamos la marcha. Cada uno llevaba medio saco de jaibas al hombro y nos quedaban unos ocho kilómetros de trote bajo a oscuras para poder volver a la ciudad. Estaba exhausto, pero mis piernas parecían no tener ansias de rendirse; ahora que lo recuerdo, en aquellos días la juventud brillaba en nosotros.

En algún momento, el mundo se quedó en completo silencio y solamente me encontraba corriendo a la orilla de la playa, observando el infinito océano y el hermoso reflejo de la luna sobre el mar.

Una ola me humedeció los pies y el sonido volvió de repente.

Seguramente estuvimos corriendo por más de una hora hasta que llegamos a la ciudad. Acordamos que nos dividiríamos el botín de manera equitativa, y me tocó llevarme casi quince jaibas. Éxito rotundo. Me despedí de mis amigos luego de terminar de beber aquella botella de pisco.

Mi hogar quedaba a unos treinta minutos a pie desde el pueblo. En solitario. Me fui a paso lento, aún escuchando el sonido del mar a lo lejos, acompañado de un par de perros que me ladraban al pasar, medios dormidos.

Casita.

Hogar rústico. Una pequeña luz iluminaba la ventana que daba hacia la calle de la casa. Curioso. Tiré del cable que abría la puerta y noté que mi padre estaba sentado sobre la mesita de centro. Cerré la puerta. Solté mi mochila sobre el sillón y lo saludé. Había tres vasos con whisky en la mesa.

En la habitación sólo estábamos él y yo.

Y, sin embargo, mi padre se había encontrado con sus amigos, invitándolos a beber.

—Ven acá hombre, tómate un trago. —me dijo.

—Tranquilo viejito, voy a dormir. Mañana toca ir a la pega.  
Mi padre solía hablar con sus amigos imaginarios. O quizás no imaginarios.  
Quizás yo era el que no los podía ver.  
Quizás él no estaba loco.  
Quizás yo no lo comprendía del todo; de lo que sí estoy seguro, es que extraño a  
ese viejito.  
Mas ahora que nunca.  
  
Cómo te extraño viejo.